

## ¿QUÉ ES EL EXISTENCIALISMO?

P o r G E R A R D C A I L L E T

**S**I le dicen a usted a quemarropa: «Deme en una frase una definición clara del existencialismo», podrá siempre responder: «Es una actitud filosófica para la cual la existencia pasa antes que la esencia.» Pero no creo que su interlocutor quede satisfecho.

Examinemos, pues, ahora seriamente lo que es el existencialismo.

Y en primer lugar lo que no es.

El origen de la confusión entre Saint Germain des Près y Jean Paul Sartre es doble: geográfico e histórico. Geográfico: Sartre vive en Saint Germain des Près; histórico: cuando se inauguró el primero y más célebre de los sótanos («caves»), una pandilla de agitados declaró ser existencialistas; una revista publicó la declaración y con ello bastó para que quedara bien pegada la etiqueta. Luego que Sartre, hayo o no favorecido tal equívoco, eso es otra cuestión.

«Pero, dirá alguien, ¿y los héroes de Sartre? ¡Son personajes

auténticos de Saint Germain! Y el vocabulario de Sartre, lo glauco, lo viscoso, ¿lo va usted absolver de todo eso?»

No se trata de absolverlo, sino de comprenderlo.

### *La familia existencialista*

Segunda observación: Sartre no es todo el existencialismo.

«Oficialmente», el existencialismo se remonta a Kierkegaard: es decir, a mediados del siglo XIX; en camino se encuentran los nombres de los filósofos alemanes contemporáneos Heidegger, Jaspers; el del ruso Nicolás Berdiaeff (muerto hará pronto tres años); el de Gabriel Marcel, cuyo existencialismo no se separa del cristianismo y que no pierde una ocasión de atacar la doctrina de Sartre. Naturalmente, la noción de existencialismo es lo suficientemente amplia para que pueda incluir también a Nietzsche y a Unamuno; pero es que también dicen: Racine y Pascal..., y, en los límites, todos los novelistas y dramaturgos.

La existencia pasa antes que la esencia. ¿Qué significa eso? Que no hay naturaleza humana. No hay modelo ideal, como el que se encuentra en Platón; no hay un molde prefigurado en el cual el hombre —usted y yo y todos— se fundiría con todas sus virtudes catalogadas, sus defectos y sus aptitudes. Tampoco, por consiguiente, una regla cualquiera de explicación ya hecha. Si queremos comprender tenemos que interrogarnos —e interrogarnos sobre lo que existe—. Lo que para mí existe, soy ante todo yo; y yo solo. Esta doctrina que se presenta como revolucionaria, empieza, pues, con la misma observación que Descartes: pienso, luego existo. Se ha podido hablar con razón, a ese respecto, de subjetivismo.

El subjetivismo, como es sabido, tropieza con una dificultad clásica: encerrados dentro de nosotros mismos, ¿cómo lograríamos salir? Descartes dobla la gran vuelta y recurre a Dios. Sartre, filósofo, ateo, tendrá que seguir otros caminos para alcanzar el mundo de los objetos y la sociedad de *los demás*.

## *Lo absurdo, la náusea y la mala fe*

Porque lo que existe ante nosotros es, en primer lugar, el mundo de las cosas.

Nos es radicalmente extraño. Se nos presenta como una superabundancia, como un inexplicable rebosar; el magnífico encadenamiento de las causas, tan acariciado por los filósofos de la necesidad, no tiene lugar allí; es un aplastante caleidoscopio, es el mundo de lo gratuito, de la contingencia, de lo absurdo. «Esta raíz —exclama Antoine Roquentin en *La Náusea*— nada había en cuya comparación no fuera ella absurda... Absurdo: en relación con los guijarros, con las matas de hierba amarilla, con el barro seco... Pero ante esa raíz rugosa ni la ignorancia ni el saber tenían importancia alguna; el mundo de las explicaciones y de las razones no es el de la existencia... Esta raíz, por el contrario, existía en la medida en que yo no podía explicarla... Por más que yo me decía y volvía a decir: «Es una raíz», no había nada que hacer.» Reconocemos aquí un mundo como el que Camus describió en *L'Etranger* (El «Extranjero», la palabra es significativa). Pero mientras Camus hace que la dignidad del hombre consista en aceptar lo absurdo, todo el esfuerzo de Sartre puede, por el contrario, resumirse como una continua tentativa de «arrancamiento».

Porque lo absurdo, la medida colmada, no sólo es la medida de las cosas; es también la amenaza que gravita sobre el hombre. Nada se da; por consiguiente, si el hombre no suscita nada, no habrá nada. Es decir, el hombre que no obre —y veremos luego lo que significa obrar— no será más que una pasta..., algo como una cosa.

Esa es la perspectiva que provoca en él la famosa náusea.

El hombre, naturalmente, puede contentarse con disimular su impotencia para obrar bajo pretextos inventados; bástale con adoptar las conductas de «mala fe»; es a los que suelen usar de la mala fe a quienes Sartre estigmatiza —según las circunstancias— de «cobardes» o de espiritualmente sucios. Esa incapacidad de obrar

auténticamente puede llegar muy lejos, como lo demuestra el famoso ejemplo del camarero de café que cree obrar porque *realiza* los gestos del camarero de café, pero que con tanta sumisión se adapta a su papel que, finalmente, ya no es más que un camarero de café —exactamente como esta mesa es una mesa o este tintero un tintero—.

Pero, ¿puedese obrar? ¿Y cómo?

### *Angustia y libertad*

La necesidad de obrar es lo que provoca en nosotros la «angustia». Y puede decirse casi que la angustia es el envés de la náusea; pero, al mismo tiempo, es un indicio de que la *acción* es posible.

La acción es el ejercicio de mi libertad. Volvamos a considerar el ejemplo del mozo de café y supongamos que ese individuo sea yo: mi libertad es mi negativa, a cada instante, a dejarme embarrar en mi personaje; mi libertad consiste en cumplir con mi tarea en la terraza o en el salón sin «representar» nunca un camarero. Mi libertad, como se ve, es inmensa y exigua como una grietecilla. Inmensa, porque no conoce límite ante su poder; exigua como una grietecilla, porque cuanto hay de inerte en mí y en el mundo va contra ella para impedir que nazca en lo más íntimo de mí, y puede ser que vea yo transcurrir mi vida entera sin haber usado de ella una sola vez.

La doctrina de Sartre desemboca en una moral.

Porque el ejercicio de mi libertad es, sencillamente, el «alistung» («engagement»).

¿Según qué reglas, en qué camino ejercer ahora esa libertad, o en qué tropas alistarse? Preguntarse eso seriamente sería demostrar que no se ha comprendido nada del pensamiento de Sartre. Es lo que ocurrió con un excelente filósofo en una discusión que, hará cosa de unos años, tuvo lugar después de una conferencia de Sartre:

«—¿Por qué —dijo— no trazará el existencialismo unas líneas

de conducta? En 1945 tiene que decir si es preciso afiliarse al partido socialista, al comunista, o a otro cualquiera...»

Sartre contestó citando el ejemplo de un muchacho que había venido a verle para dilucidar un caso de conciencia y concluyó:

—Prácticamente, habría podido darle un consejo; pero ya que buscaba la libertad, quise dejarle decidir.

Esa primacía de la libertad es lo que dará un carácter tan especial a la moral de Sartre —esa moral que aun no se ha escrito, pero que ha sido iniciada ya por el estudio sobre Jean Genêt. Genêt no es más que un pretexto —Sartre había estado a punto de escoger Dostoievski— para intentar demostrarnos que no existe ni bien ni mal en sí, pero que una atención orientada constantemente puede «asumir» y modificar una situación particularmente desfavorable: ¡triunfo de la libertad!

La obra filosófica de Sartre no está concluída. Es difícil juzgarla. Indiquemos simplemente que la dificultad se halla en el paso del «yo» a los objetos y a los demás. Y que el autor se deja llevar, a menudo, por el vértigo de la dialéctica.

